

María Elena  
Crosa de Roxlo



La cinta  
cinem atográfica



deber





María Elena Crosa de Roxlo

# Cinta cinematográfica

gedeu

Cuadernos de Pre-cine y Cine  
1

Colección dirigida por Georgina Torello

cc by-nc-nd  
gegen, Montevideo, 2017  
gegen.mvd@gmail.com

## CINTA CINEMATOGRAFICA.

*A mi adorada madre.*

Como de costumbre el doctor Marchand daba ese día una de sus interesantes disertaciones sobre la ciencia médica, á sus discípulos más aventajados. El tema que había escogido aquella tarde, era la sugestión hipnótica. Su peroración fué escuchada con religioso silencio. Aquel tema, que de por si es de suma importancia, era explicado nada menos que por el gran Marchand, hombre talentoso, que unía, á su gran saber, el don de expresarse con una elegancia y claridad envidiables. Querido y admirado de sus discípulos, no bien sus labios se entreabrían para exponer sus lecciones, era su palabra oída con respeto y avidez. Jamás los estudiantes de quinto año faltaban á la clases del gran maestro, y nunca aquel tuvo que repetir sus ejemplos, pues, por su interés, quedaban estos incrustados como imágenes imborrables en el cerebro de sus oyentes. Escojiendo á una de sus discípulas como médium para ensayar delante de los estudiantes su teoría, hizo con ella varios experimentos hipnóticos. Concluída su peroración, el señor Marchand saludó á sus discípulos, levantándose estos también para marcharse, pues ya era la hora de salir de la clínica. Entre los alumnos del profesor Marchand, se contaba á Pedro Loti, joven muy aventajado, quien servía de ayu-

dante al doctor y que era secundado por la señorita Yvette Delhomme, pupila del maestro y á quien este profesaba un cariño paternal. Hija de provincia, los padres de Yvette confiaron esta al doctor Marchand, pues poseída de una gran vocación para la medicina, había obtenido de aquellos el consentimiento necesario para seguir su inclinación. Pronto la inteligencia y la bondadosa naturaleza de la joven interesaron al profesor, el cuál la hizo, además de su ayudante, su secretario particular. Concluidas las horas de clase, la joven pasaba al escritorio del doctor, copiando las lecciones que aquel había dado, en un voluminoso libro, que más tarde se daría á la publicidad. Por la noche Yvette estudiaba, y á la mañana levantábase temprano, saludaba al profesor y servida por el ama de gobierno, tomaba su desayuno, volviendo al estudio hasta la hora de clase. A menudo se la veía, durante el tiempo que pasaba en el escritorio del médico, departir con este, pues el doctor trataba, en los momentos libres que tenía, de dar nociones instructivas á la dócil é inteligente discípula, las que eran bien aprovechadas por la estudiosa joven.

Aquel día, después de oír las explicaciones sobre el hipnotismo y maravillada de los notables experimentos hechos por el profesor, Yvette salió impresionada por todo lo visto y por todo lo oído de labios del gran hombre. Al irse á quitar como de costumbre su guarda polvo, para colocarlo en la percha, junto con los de los demás compañeros, tropezó con Pedro Lotí, quien, al mismo tiempo que ella, entraba en la pieza destinada á guardaropa. Pedro, saludando con amabilidad á Yvette, preguntóla cual era la impresión que llevaba de aquella lección sugestiva, contestándole la joven con infantil franqueza su opinión.

— Como me gustaría, señor Lotí, experimentar en mi misma la sensación que debe producir el sueño hipnótico.

Hubiera preferido ser yo el instrumento de que se ha servido el maestro para demostrarnos la trasmisión del pensamiento, en vez de haber sido la señorita Bichou la escogida.

— ¿Cómo? ¿Deseais experimentar en vos misma esa extraña entrega de la voluntad? Nada más fácil que complaceros. Yo, con las lecciones que el doctor me ha dado á solas, hipnotizo con la misma facilidad y maestría que él lo hace, pues más de una vez me ha demostrado su asombro por lo poco común de mis disposiciones. Sentaos en esa silla, y vereis que pronto consigo satisfacer vuestra curiosidad.

Ivette resuelta y llena de alegría por conocer aquel secreto del que quería experimentar la sensación, obedeció al joven, sentándose en la silla que aquel le indicaba. Poco á poco, poseída por aquel fluído poderoso, fué obedeciendo á los mandatos del hipnotizador, hasta quedar completamente á merced de aquel hombre, que en aquellos instantes era dueño de toda su voluntad. Cuando Lotí, seguro ya de lo profundo del sueño de la joven, se preparaba á sugerirle quien sabe que recóndito pensamiento, pasó por delante de la puerta del cuarto donde ellos estaban, el doctor Marchand.

— Pedro, — dijo aquél con acento de reproche, ¿qué haceis con la señorita Delhomme? ¿No sabeis que os he prohibido que utilizeis vuestro poder sin mi consentimiento? ¿Olvidais que sólo se debe emplear el hipnotismo como agente terapéutico ó de enseñanza médica? ¿Ignorais que se castiga al que, por mero placer, utiliza la sugestión hipnótica?

Acercándose á la joven, el doctor sopló sobre sus ojos, despertándola del estado en que se hallaba, y, despues de

cerciorarse que esta había recuperado todas sus facultades, se retiró, no sin mirar de nuevo á Pedro con severidad.

Ivette, vuelta en sí y asombrada por la presencia del médico, miró á Pedro, y una vez que aquel se hubo marchado, preguntó al joven :

— ¿ Se ha enfadado el profesor ? Cuanto siento le hayais disgustado por causa mía. Os pido disculpas, puesto que por mi curiosidad habeis ganado un reproche.

Pedro, mirando á Ivette con una luz extraña en sus ojos, que jamás la joven había visto en ellos, tomó la mano que aquella le tendía, apretándosela fuertemente, mientras con sus labios junto á su oídos le decía :

— ¡ Ah, si Vd. quisiera . . .

La joven salvó bruscamente su mano de la fuerte opresión del joven, y, mirándole con altiva dignidad, le reprochó lo poco correcto de su actitud. El desusado color de la joven, el raro centelleo de sus expresivos ojos, la indignación que la dominaba . . . todo se combinaba para hacer resaltar su simpática figura, aguijoneando los ocultos sentimientos del hombre que tenía enfrente de ella, agitando y despertando las más viles pasiones de que era capaz. En semejantes momentos, en tales arranques de excitación, es cuando el lado malo de la naturaleza humana aparece, recurriendo á medios violentos que, en juicio sano, se apartarían con vergüenza. Embravecido Pedro por el inesperado y duro reproche de la joven, y enceguecido por el impulso de un amor vehemente, tomó á Ivette de la cintura y, atrayéndola á la fuerza contra su pecho, la besó con arranque apasionado sobre los labios. En aquel instante en que la joven quería desasirse de la violenta opresión de Pedro, pasó por segunda vez delante de la puerta de la pieza del doctor Marchand.

Esta vez no era el reproche lo que se pintaba en el ros-



tro del profesor. Era la más grande indignación, el más alto desprecio hacia el joven que olvidaba los respetos que se merece la mujer honesta. Con los labios apretados por la ira y con ademán altanero, señaló la puerta de salida á Pedro, al mismo tiempo que le decía :

— Os doy un plazo de veinte y cuatro horas para que abandoneis mi clínica. No quiero ni debo tener una fiera en este recinto, donde la ciencia se antepone á todos los instintos materiales. Vuestro proceder no me permite ser clemente con el hombre que abusa de la confianza que en él se deposita, y que con tan innobles sentimientos abusa de su brutal poder .

Y tomando del brazo á Ivette salió, dejando á Pedro presa de la más furiosa tempestad.

— ¿ Quiere que me vaya ? Me iré ; pero pagará cara la insolencia con que me ha tratado ese viejo estúpido.

Poniéndose el gabán y el sombrero salió á la calle, engegucido por la cólera. Ya fuera de la clínica, las más diabólicas maquinaciones apoderarónse de su pensamiento.

— Venganza, venganza, — era lo que pedía todo su ser revolucionado por los dos golpes recibidos : el desprecio de su amor y la vergüenza de una expulsión hecha en presencia de la mujer desdeñosa. De pronto, como si una corriente eléctrica le hubiera galvanizado, una idea atroz cruzóle por su mente, y sin reflexionar ni medir las consecuencias, dirigióse hacia un bar para hacer tiempo hasta que llegara la hora propicia á la realización de aquella atrocidad. Sí, era preciso que el doctor pagara el mal ocasionado y se cobrara él, en aquella mujer, su deuda de odio y humillación. A la obra pues, pensaba Pedro, mientras absorbía con avidez un café que había pedido y que tomaba á modo de estimulante.

Era las seis y media de la tarde del día siguiente cuando

Pedro, sin ser visto de nadie, entró sigilosamente en el escritorio del doctor Marchand, donde trabajaba, como siempre, Ivette. Minutos antes, el médico, después de haber pasado unos instantes con la joven, había salido de aquella pieza diciendo á Yvette que volvería como siempre á las ocho de la noche, hora en que generalmente la joven ya estaba recogida en su habitación. Una vez hubo marchado el médico, y por lo tanto, libre ya de obrar á su antojo, Lotí se acercó á la joven, y sin cambiar palabra alguna, hipnotizóla con facilidad, pues el estupor de aquella favoreció la rápida realización de aquel abandono de la voluntad. Compenetrada ya por completo con el pensamiento de aquel hombre diabólico, este, mirando á un hermoso reloj colocado sobre la chimenea del escritorio, susurró á la joven con voz sentenciosa y de mando :

— Cuando este reloj marque las ocho de la noche, matareis al hombre que estará sentado en este sillón, con el revólver que está sobre la mesa. Acompañando estas palabras con sus movimientos, colocó un revólver cargado sobre el escritorio en donde momentos antes Ivette escribía las lecciones del maestro. Trasmitido su deseo á la criatura que inconsciente se prestaba á servir de verdugo á su bienhechor, Lotí despertó á la joven de su sueño, y escondiéndose detras de unas cortinas, esperó á que aquella se marchara de la pieza para seguir su plan de venganza. Sólo ya, sin más testigos que su conciencia, salió de su escondite, y como el tigre que avanza hacia su presa, Lotí avanzó furioso, ávido, hacia el escritorio, abriendo con sus manos temblorosas por la más grande agitación, los cajones donde el médico guardaba sus papeles. Afanoso en la busca de lo que más tarde pensaba publicar como cosa suya, olvidó el tiempo que veloz corría, no apercibiéndose por su glotón deseo de apoderarse de lo ageno, que ya faltaba muy

poco para llegar el médico á su casa. En efecto este sin ser sentido por el criminal, entró de pronto en el escritorio, pues aquel día se retiraba más temprano que de costumbre, quedando perplejo á la vista de aquel intruso, que reconoció pasado su primer instante de estupor. Su mano sin querer había tocado el timbre que descansaba sobre la mesa en que se apoyaba, entrando casi enseguida sus criados, quienes, á la órden de su amo, maniataron al joven en el mismo sillón que debía servir minutos más tardes de banquillo al profesor. Inauditos esfuerzos hizo Lotí por deshacerse de los brazos que lo aprisionaban, y romper sus ligaduras; mas los sirvientes habían conseguido atar fuertemente al joven en el sillón, saliendo, una vez convencidos de que aquel quedaba imposibilitado de huir de aquella provisoria carcel, á cumplir la órden de llamar á la policía. El doctor siguióles, deseoso de entregar á la justicia á aquel vulgar ladrón, dejándolo solo y presa de una angustia mortal. Pedro, sin apartar sus ojos del reloj comunicador, espantado y enloquecido, miraba correr velozmente las agujas que iban á marcar las ocho, como debían esperar el golpe del cuchillo, los condenados á la guillotina, en la época de la revolución francesa. En aquellos supremos instantes, en aquel silencio sepulcral que invadía la habitación donde Lotí se retorcia en una horrible desesperación, sólo se oían su afanoso aliento y los latidos de su corazón.

Entre tanto Ivette, en su cuarto, presa ya de una extraña somnolencia, iba tomando los signos característicos del hipnotismo á la hora que le había sugerido el deseo del hipnotizador, y con el paso lento, los brazos caídos y la cabeza erguida, encaminose al escritorio del doctor, resuelta, en su estado de docilidad frénetica, á cumplir la voluntad ajena. Los pasos cadenciosos de la hipnotizada reso-

naron en los oídos del detenido, como resuena el pavoroso estruendo del rayo al caer en medio de un bosque ; y su cabeza, aterrada con la visión de la hora fatal, sintió como si la bala que aun no había salido del arma justiciera le hubiera herido en mitad de la frente. Quiso dar un grito al ver entrar á Ivette para impedir la ejecución de la sentencia y despertarla de su sueño hipnótico, mas aquel grito quedó encerrado dentro de su pecho, y sólo su cuerpo pudo convulsionarse con un supremo esfuerzo, como para huir del brazo de la joven, que ya teniendo el arma entre su mano, alzaba su brazo hacia el sillón. En aquel preciso instante en que iba á finalizar el horrible drama, entró el médico acompañado de los agentes de seguridad. Con un rápido movimiento, el doctor Marchand pudo quitar el arma de la mano de la inocente, mientras asombrado miraba el sillón donde Pedro con el rostro inclinado hacia un lado, los ojos salidos de las órbitas y los labios contraídos por una extraña mueca de terror, estaba inmóvil, con una rigidez cadavérica. Acercóse al joven, palpó sus sienes, y dirigiéndose á los polizontes, que miraban con expresión de estupor aquel extraño cuadro, les dijo con voz enronquecida por la emoción y no exenta de piedad :

—Señores: os entrego un cadáver. ¡Ha muerto de miedo !

Publicado por primera vez en:  
María Elena Crosa de Roxlo, *A través de la vida (cuentos)*,  
Montevideo, Bertani, 1913

Enero de 2017  
50 copias en papel  
e ilimitadas en PDF

/50



Ciencia, suspenso, hipnotismo, sugestión. El galeno, la joven inteligente, el malhechor, el final trágico. Todos los ingredientes para una historia taquillera. Cuando la ficción recién se está instalando, como la conocemos, en el cine mundial, María Elena Crosa de Roxlo crea esta “cinta cinematográfica” uruguaya. Y aunque los materiales no sean sino el papel y la tinta, el relato tiene la fuerza de un gesto inaugural. Tras Crosa de Roxlo, otras mujeres del novecientos, contarían sus historias con el celuloide y la plata.